

BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

La Novela Semanal Cinematográfica



JUQUETE  
DEL PLACER

POR  
HELEN SWANSON.  
Una Mujer, etc.

50 cts.

DWAN, Allan



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423A.

*Monstruo de la noche, 1924*

## JUGUETE DEL PLACER

Interesantísima comedia dramática de ambiente moderno, interpretada bajo el siguiente reparto:

Teresa Mc. Guire, Gloria Swanson; Jaime Tom Moore; Preciosa, Lilyan Tashman; Roberto Brandt, Jan Keith; Carlton Thorn-dyke, Arthur Housman; Pablo Carratison, Paul Mac Allister; Arno Riccardi, Frank Morgan; Bippo, Mr. Colosse.

Es una película PARAMOUNT

DISTRIBUIDA POR

SELECCINE, S. A.

*Declaración Cuarta. Dwan  
Dwan/Ford. Ver, DWAN 1924  
En la casa "Tricheuse"*



Prohibida la reproducción  
Reservado  
por la censura gubernativa.

J. Horta, Impresor - Barcelona

## JUGUETE DEL PLACER

### Argumento de la película

En la gran columna de los almacenes de Thorndyke, cientos de abejas trabajaban para aumentar la riqueza de la firma en labor perenne, cansada. Llegan a sus casas las pobres niñas con los pies molidos, el espíritu tirante, fatigado del esfuerzo de tantas horas para satisfacer las muchas exigencias y hasta impertinencias de los compradores, gente ociosa en su mayoría, que desconocen lo duro que es ganarse la vida.



De esas abejas, una de las más lindas era Teresita Mac-Guire. Tenía gracia a montones, además de belleza. Menudita, fina. Un encanto de chiquilla. Vivía pobremente en una habitación de los barrios bajos, desde cuya ventana sólo podía ver el espectáculo de todas las tristezas que forman en general la vida de los pobres: mujeres con muchos hijos careciendo de todo. Y el padre, exhausto, rendido, dejándose llevar por el fatalismo de su destino... Otros... enfermos... en míseros lechos... Algunos llorando... otros embrutecidos por la dureza de tantos años, casi inertes, tumbados en camastros o sillas desvencijadas...

Y para llegar a su rincón que no merecía el nombre de hogar, tenía Teresita que tomar el "metro" repleto de gente más o menos de la misma clase que ella... dándose empujones unos con otros, y pisotones... Teresita llegaba con frecuencia a su casa con el sombrero torcido, las cerezas de adorno habían quedado bajo los pies de aquellos brutos, y si llevaba paquetes, se le cayeron y los pisotearon varias veces.

Pero en ese camino de penas y dificultades,

tenía la nena un gran consuelo, una dulzura sin igual: al llegar a su humilde vivienda, la recibía con todo amor su novio Jaime, que trabajaba en un *garage* y de noche conducía un *taxi*. Era bueno, bello, fuerte, trabajador y tenía el más noble empeño en crearse una posición para poder casarse pronto con su adorada Teresita. Ella le llamaba *bebé* y los ratos que estaban juntos eran amplio olvido de pesares y sin igual consuelo. Eran felices Jaime y Teresita, porque aunque durante el día cansaran sus cuerpos en duro trabajo rutinario, de noche se unían a charlar en su cuartito... de proyectos, de quimeras, de futuros goces que les hacían olvidar la monotonía de su vida diaria. Jaime proyectando, inventando en sus mecanismos, de los cuales podía salir el maravilloso engranaje que hace el rápido girar de la rueda de la Fortuna; y Teresita... riendo, despachando a aquellas miles de mujeres devotas ciegas del trapo, al que confían la solución de sus más grandes necesidades. Así se les iban los días en el trabajo, dura ley para el que no tiene al volver a su casa la voz amiga que lo conforte; pero ley

piadosa para el que tiene reciprocidades de amor.

Y el herrero mecánico y la jovencita vendedora de Thorndyke, eran ricos, riquísimos, de amor...

Un día Teresita, más cansada que de ordinario y por lo mismo, con los nervios rotos, deseosa de alguna distracción propia de sus años, dijo a Jaime:

—Bebé, llévame al Cine o a cualquier parte. ¡Tengo una pena!... Quiero distraerme... Mira qué vestido más bonito me he arreglado para salir contigo...

Y sacando de un armario el traje, se lo mostraba con coquetería.

El, contrariado de no poderla satisfacer, le dijo:

—Teresita mía, mi pena. No puedo hoy llevarte... tengo que trabajar esta noche...

Entonces ella se abandonó en un sillón, llorando con honda pena, sintiendo que su juventud se iba sin ninguna diversión, ni más programa que un sordido trabajo matador... Pero Jaime, que la adoraba, viéndola llorar, fué hacia ella, diciéndole:

—Nena, no llores... ten un poquito más de paciencia, pronto se revisará mi invento, y una



—Nena, no llores... ten un poquito más de paciencia...

vez creados, iremos todas las noches al teatro.

Y ella, nerviosa como estaba, lo cogió del brazo y lo llevó a la ventana.



—Mira, mira... para lo que se casan los pobres: no ganan nada con ello.



—Mañana iremos al teatro, te lo prometo, nena mía.

Y Jaime pudo ver las escenas de miseria y de dolor que había en casi todas las otras viviendas vecinas.

Y así las cosas, como se querían bien, Te-

resita se calmó, y charlaron un ratito de su amor y de sus proyectos, hasta que llegó la hora de irse a dormir, despidiéndose con ternuras, optimistas y risueños, en su gloriosa juventud llena de esperanzas.

—Mañana iremos al teatro, te lo prometo, nena mía—le dijo Jaime, cariñosamente.

Al día siguiente en los almacenes, Teresita, tan ligera y pícarosca, amable y monona como siempre, atendía al público, mascando sin cesar goma, hábito vulgar que no había podido perder, pues la pobrecita no tenía quien la esforcara, y todo lo bueno que hacía era obra de su no común inteligencia y por complacer a su bebé; que el amor es la enseñanza infalible.

Una señora compradora preguntó a Teresita el precio de una tela, y ella, como la conocía y era su amiga, le contestó:

—No compre eso; no vale nada; tenemos algo mejor.

Y al hablar así, dió la casualidad de que la oyese el jefe del personal, quien la reprendió del siguiente modo:



—¿Es esta la forma que tiene usted de despachar a los clientes?

—¿Es esta la forma que tiene usted de despachar a los clientes, diciéndoles que no compren las cosas?

Teresita, sin inmutarse, aunque titubeando, le contestó:



—Es conocida mía, por eso...

El jefe del personal, severísimo en el cumplimiento de su obligación, cambió duras palabras con Teresita, y el despidó era inminente; pero la Providencia hizo que en tan crítico instante se hallasen a pocos pasos del empleado de categoría y de la monísima dependiente, el hijo del dueño de la casa, el "pollo" Thorndyke, un muchacho sin pizca de buen sentido, un vulgar metalizado.

Thorndyke acompañaba por las callejas del establecimiento a un amigo escritor, que buscaba a la sazón un tipo de mujer interesante.

La discusión del jefe del personal con Teresita, proporcionó al literato el conocer a la gentil y rebelde dependiente, rebelde a juzgar por las enérgicas réplicas que le daba a su jefe, sin dejar siquiera de mascar el *chicle*.

Thorndyke, complaciendo a su amigo, que se interesaba por Teresita, se acercó a ella, y apenas le vió, el jefe del personal le dió cuenta de la conducta de aquella dependiente,

—Bien, bien... Ya arreglaré yo eso—dijo Thorndyke.

Teresita había buscado la protección de Preciosilla, compañera de sección bella, coqueta, amiga del lujo, y por la que Thorndyke, que había tenido no pocos lios con algunas de las dependientas de su padre, sentía una abrasadora pasión.

Thorndyke sonrió al ver a las dos amigas, y gustándole acaso más Teresita que Preciosilla, se le acercó insinuante, pero ella, decente y buena, le hizo un desprecio.

Sin embargo, al oír que le proponía ir a una fiesta en casa del escultor Brand, acompañada por él y el literato Garretson... y como Preciosilla le dijo que tenía que aprovechar las ocasiones de poder vestir bien, engañando a los hombres, sin cederles nada, materialmente hablando, y, empujada por su propio deseo juvenil de gozar y de adornarse y descansar un poco en su triste vida monótona y casada, iba a aceptar; pero recordando que su bebé le dijera la víspera que aquella noche irían al teatro, rehusó la invitación del hijo



del dueño de los almacenes, y del literato, pretextando que ya tenía compromiso.

Los dos hombres, y también Preciosilla, insistieron tanto en que fuera a la fiesta, que Teresita, para decidirse o no, fué al teléfono y llamó a Jaime, en el taller donde trabajaba.

Le preguntó, sonriente, si, como quedó convenido la noche anterior, la llevaría al teatro; y sucedió que Jaime trató de disculparse como mejor pudo.

Hoy, no, pena... Mañana... Esta noche, tengo que terminar un trabajo urgente.

Furiosa, Teresita dejó con la palabra en la boca a su bebé, colgando bruscamente el auricular del teléfono; y Jaime, comprendiendo la razón de su amada, cambió de parecer y mandó a un aprendiz a adquirir dos buenos asientos fijos para aquella noche, en el mejor teatro. ¡Qué sorpresa le daría a Teresita al ir a la pensión!

¡Era demasiado tarde! Teresita, en "justa" venganza del olvido de la promesa de Jaime, accedió a los ruegos de Preciosilla y de los dos hombres.

Y fué a la fiesta en casa del escultor Brand. Su amiga y compañera de trabajo les había dicho a los locos aquellos:

—A ver si podemos conseguir que se disimule, que imite a gente "bien". Es admirable. Hay para morirse de risa con ella.

Y fueron hacia Teresita, que estaba abanicándose sin su bebé allí, en un sillón, procurando imitar los ademanes distinguidos de todas las otras, pero mascando siempre goma. Una de las concurrentes, envidiosa de la juventud y el natural encanto de Teresita, se le acercó curiosa de la pobre facha de la niña, y le dijo:

—Eso de mascar goma, es ordinario, una vulgaridad.

Entonces la niña sin más ceremonia, pegó a un mueble con disimulo la pasta que mascaba. Y vino entonces Preciosilla.

—Oye — le dijo—. Estos caballeros — señalaba a Carlos Thornelyke y a Garretson—, quieren que nos hagas algunas imitaciones. Anda, sé complaciente...

Y como todos la rogaban, ella corrió detrás de unas cortinas, buscando algo de lujo que ponerse. Entonces Preciosilla tiró de un regio trozo de brocado que decoraba allí un *boudoir*, y lo colocó con arte y gracia profesional sobre los hombros de la chiquilla, que se había arreglado el pelo tirante, en forma de vieja aristocracia, severo y con las orejas fuera. De manera que con cola, aquel peinado y la tela puesta al descubierto, como manto, o traje de corte, empezó a moverse, andar, saludar y darse tono, como una condesa rusa. Verdaderamente, estaba deliciosa aquella chiquilla tan bonita, buena, y llena de inteligencia. Todos se reían con ella y la interrogaban. Y vino a saludarla el escultor Brand, que acababa de

llegar y no sabía nada de la broma aún, pues se la presentaron como condesa.



*La saludó, besándole la mano...*

La saludó, besándole la mano que ella le ofreció con elegante gusto.

—¿Dónde os he visto yo, condesa? ¿En París?

Ella hizo un gesto dudando.



—¿En Petrogrado?

—No recuerdo — contestó ella, siempre alíva y fina.

—¿En Baden-Baden?...

—No, señor... creo que fué en Coney-Island—contestó, por último, provocando la risa de todos.

El artista comprendió la broma, y entonces suplicó a Teresita que fuese a su estudio a honrarle sirviéndole de modelo. Preciosilla le dijo que aceptase, pues le triplicaba el sueldo que le daban en los almacenes... Pero Garretson y Thorndyke, que querían a la gentil Teresita para ellos, dijeron que como ellos habían sido los primeros en conocerla, les correspondía en primer lugar el hacerle sus proposiciones.

Y Teresita, después de imitar graciosamente a Charlot, se puso su trajecito sencillo y se sentó en un sofá, donde se vió al momento acosada por el "pollo" peligroso y el literato de pronóstico.

Ingenia, Teresita no conocía en su claro aspecto la maldad del mundo, y amiga de todos, aceptó trabajar con el escultor y con el li-

terato, sin rehusar tampoco la amistad de Thorndyke. Regresó contenta a su casa, en la



*...se vió al momento acosada por el "pollo" peligroso y el literato de pronóstico...*

que su hijo la estaba esperando nerviosamente, ajeno a la venganza o represalia que ella había tomado al decirle él por teléfono que no irían aquella noche al teatro.

En su alma había una tormenta: celos, dudas y las preocupaciones de sus negocios.

No esperaba más. Aquella misma noche se trasladaría a Detroit, para activar las pruebas de su invento.

Pero... ¿se iría sin esperar el regreso de Teresita?

No podría hacer eso. Siguió aguardándola, y cuando ella llegó, acompañada por el literato hasta la puerta de la modesta pensión, se desarrolló entre los dos novios una escena en la que la violencia no podía faltar.

—¿De dónde vienes?

Desatado su geniecillo, Teresita le reprochó la falta a su promesa, confesando, sin remordimiento aparentemente, donde había estado.

Jaime le mostró las dos entradas para la función de aquella noche, y había tal dolor en sus palabras de reproche a ella y a sí mismo, que Teresita comprendió que el diablo se había complacido en hacerlos sufrir, separándolos, sin que ellos lo hubieran deseado.

Reconciliados, Jaime le hizo partícipe de su intención de partir en seguida para Detroit,

deseoso como estaba de ver realizado su sueño lo antes posible, y Teresita, anhelando para



—¿De dónde vienes?

su amado todas las felicidades de la tierra, le despidió dándole su beso más amoroso y a la vez más puro.



Acuciada por Preciosilla, que le prestó lujosos vestidos, Teresita, por curiosidad, aceptó ir a una fiesta organizada por Thorndyke.

Entre los convidados había un millonario que tenía unos almacenes de modas muy importantes también, y que al ver la soltura y gracia de la linda niña, le suplicó que atendiese a una proposición que tenía que hacerle... pero ella debía cumplir primero con el escultor; así es que se excusó.

Y fué al estudio de Brand, que la vistió con todo esplendor... para una "pose" de danzarina rusa, persa... algo exótico, pero decente. Muy adornada de pedrería, pero su

cuerpo descubierto con honestidad. Allí posando horas y más horas, la niña se cansaba, y el artista iba emmanorándose de su belleza... y desesperándose de la aparente frialdad de la chiquilla al verla bostezar, aunque con disimulo, tiró Brand el cincel a un lado, y le dijo:

—No hago nada bien, un albañil haría algo mejor, y tú tienes la culpa.

A alguna de estas sesiones la acompañó Garrelson, quien al oír expresarse de aquel modo al artista, sonrió reconociendo lo que le sucedía teniendo por modelo a una muchacha tan sugestiva.

Un día que Teresita fué sola a casa de Brand, éste, no pudiendo resistir el deseo de acariciar a la linda niña, fué hacia ella delirante, y la cogió en sus brazos... de tal manera excitado, que ella tembló.

Estaba prodigiosa en su traje de plata con encajes metálicos. Verdaderamente daba la impresión de una flor entre rejas. Para artistas era una evocación de cien bellezas femeninas. Podían tomarla por modelo de lavadera, de sultana, de odalisca... Y también por la frou-

ra de su rostro picaresco, de griseta, de idolo de Montmartre.

Y por la áurea luz de los verdosos ojos,



—No hago nada bien... un albañil haría algo mejor...

extrañas gemas, hacer de ella un Icono, una imagen de plegaria... algo sutil, incorpóreo. Porque era menudita, flexible, ondulosa. Flor

acuática. Las sirenas debieron ser así. Aquella mujercita, casi una niña, sugería ideas de ardiente manifestación, y veladas imágenes de pureza suma. Era el tipo heterogéneo más lindo que se podía ver. Brand veía en aquella chiquilla llena de virginal encanto, algo como una flor con rocío, y aunque como hombre la descase materialmente, su alma tenía más sed aun de aquella frescura, porque Brand era artista de verdad, y sentía que con Teresita por modelo, la soñada figura inmortal saldría un día gloriosa y triunfante del bloque de mármol que él labrase, diciéndole el divino "Fiat" de las creaciones supremas.

Y cortejaba por eso con empeño a la vendorcita anónima, pero que llevaba en sí el augusto nombre de

*Inspiración...*

El artista es dos veces hombre: uno humano y otro divino.

Esa cualidad se manifestaba arrolladora en Brand ante la belleza y la dulzura de Teresita.

—Siento por ti, divina muñeca, lo que no



senti jamás por ninguna otra mujer—le decía apretándola en sus brazos.



*—Siento por ti, divina sandeca, lo que no sentí jamás por ninguna otra mujer.*

Pero ella, que sólo tenía el deseo de ganar dinero con decencia, para casarse con su Jaime adorado y que jamás quiso a otro hombre, le rechazó con vehemencia, fué a vestirse

detrás de un biombo y al reincidir en su loco empeño el escultor, corrió hacia la puerta de



*—¿Adónde vas, Teresita?*

salida para irse. El la sujetó de nuevo y quiso oponerse a que ella abriera la puerta.

*—¿Adónde vas, Teresita?... ¿Por qué no sientes un poco del fuego que a mí me consume?*

—Déjeme.

Ella abrió la puerta y al tiempo que salía, vió que entraba en el taller del escultor el dueño de la gran casa de modas que le había propuesto trabajar con él cuando la conoció en la fiesta de Thorndyke.

Despidiéndose de Brand con un gesto que indicaba que volvería después, el millonario corrió a sujetar a Teresita que iba a tomar el ascensor de la escalera. El dueño de la casa de modas tenía sus habitaciones en el mismo edificio y suplicó a Teresita, forzándola en cierto modo, a entrar en ellas, y allí le explicó su deseo.

—Quiero que me sirva usted para atraer a las clientes elegantes. Usted sabe que nuestras millonarias se pieren por rozarse con condes y duques. Pues les encantará que una condesa rusa les sirva el té. Yo daré a usted todo el dinero que sea preciso, y trajes, abrigos, y el *roûle* necesario para alternar con ellas en la vida social. Teresita aceptó, le parecía muy decente y agradable el trabajo; así es que al día siguiente, vestida de una bata suelta de raso negro, de clásica bochura y un semi-tur-

bante o toca a la rusa, estaba sentada frente a una mesa surtida de ricos objetos de té, sirviéndolo a las clientes, que deliraban por hablar con ella; pero a quienes ella contestaba con relativa superioridad. Y todas acudían a ella y se hacían servir el té.

El dueño, encantado del éxito de sus negocios, pretendía también interesar a Teresita y un día, sentados en su salón privado, se le declaró con finura, ofreciéndole cuanto ella quisiera.

—Es usted una mujer maravillosa. Tiene tanto talento como belleza. Teresita, yo la amo a usted.

Pero ella rechazó enérgica, las proposiciones de él. Sólo tenía en el alma el recuerdo de su Jaime querido, que no sabía comprenderla, que acaso la condenaría, pero como ella sabía que eso era por exceso de temor, hijo de su mismo amor y conocimiento de los hombres viciosos y ricos, ella esperaba que Dios diese un término lisonjero a sus anhelos.

Y cuando volvía de noche a su casita, toda enamorada, de honda ternura llena, iba a la habitación de Jaime, que la tenía, aunque po-



bre, muy ordenadita, tapizada de cretonas vistosas, y ponía flores y escribía en el ca-



*— Es usted una mujer maravillosa. Tiene usted tanto talento como belleza...*

lendario cada día que pasaba desde su ausencia: "Te amo". "Te amo cada día más". "Teresita sólo piensa en ti".

En otros días ponía muchas crucecitas que

significaban besos y más besos... y depositó sobre la cama de él un cojincillo en forma de corazón, y así, mil ternuras del puro y grande amor de aquella mujercita adorable... Y escribió a Jaime una cartita llena de sinceridades.

El, entretanto, sometía a prueba su invento con grandes esperanzas de éxito, adorando también a su nena, recordando la promesa que al partir le hiciera ella, sus caricias tan sentidas y tan puras, y cómo se abrazó a él cuando al volver ella aquella noche de la fiesta, le enseñó él las entradas de teatro que tenía para el mismo día... y la pena con que vio que él las rompía, desdeñado en su amor, y sus besos y sus lágrimas. Todo el recuerdo de esas cosas tan grandes para el corazón que sabe amar, daban a Jaime de nuevo tranquilidad y fe en su Teresita adorada; y ella, por lo mismo que estaba segura de la lealtad de su amor, seguía sacando partido de la tontería de los que la rodeaban, y como Preciosilla le dijera con fundamento que Jaime prefería que lo dejase de noche en sus trabajos y con la libertad necesaria a todo hombre que quiere progresar,

ella se tomaba la suya, sin pensar en que hubiese nada malo en ello.

Preciosilla sabía del mundo y había tomado sincero cariño a Teresita. Sin creer hacerle daño, le solía decir:

—No sé cómo pierdes tiempo con tu herrero. Para estar toda la vida trabajando... Fíjate que Carlos Thorndyke es multimillonario... Si tienes habilidad, puedes servirte de él como escalón para llegar a una posición independiente... No seas chiquilla... Cuando te se pase la juventud, notarás las privaciones que ahora pasas riendo, pero que entonces serán llorando.

—¡Pero yo amo a Jaime con todo mi corazón!—exclamó Teresita.

—Nada impide que le sigas amando. Lo que yo te digo no tiene nada que ver con el amor.

—Es que si él supiera que yo coqueteo, se enfurecería y me dejaría.

—¿Y quién se lo va a decir, tonta?

—Pero me da pena engañarlo...

Y así seguían los diálogos de la suma ra-

zón de Preciosilla y el sumo amor de Teresita.

Pero no contaban Preciosilla y Teresita que el veneno de ese ambiente corrompe cuanto toca, y que la espuma del champafia hace ver fingidos paraísos, y que la maldicia de los hombres está siempre alerta, y ellas eran una presa codiciable por todos conceptos.

Pasaron unos días. Teresita vivía a lo grande, como condesa rusa y llevando por el mundo, en clubs, restaurantes, hoteles, teatros, etcétera, los trajes que su jefe le daba para reclamo y las riquísimas pieles. Asistía también a alguna fiesta de Thorndyke, que como decía bien Jaime, no tenía el menor escrúpulo y para él, las mujeres bonitas de la casa de su padre o de afuera, eran únicamente "juguetes de placer" para su capricho de hombre corrompido.

Thorndyke se había encaprichado especialmente de Teresita, por su candor y su gracia. Y como para él todo era cuestión de dinero, no podía ni sospechar que Teresita prefiriese a un hombre pobre, sencillo y que vivía de su trabajo. Así es que insistiendo, insis-



tiendo siempre, esperaba que la nena caería en sus brazos en una ocasión propicia, y la festejaba y la hacía beber, y quería que fumase. Ella se divertía, reía, bailaba, bebía pero hasta el límite discreto, hacía que fumaba, y se vestía, eso sí, primorosamente, como una millonaria.

Claro que los *connoisseurs* de la mujer, en aquella nena mal vestida velan una espléndida criatura que puesta en manos de peluqueros, modistos, joyeros y demás magos de la belleza femenina, se transformaría de crisálida en mariposa. Y se prometían ser ellos los iniciadores de aquella transformación que daría por resultado halagar la inmensa variedad que los caracteriza, además de sus pasiones, su amor o sus vicios.

Así es que Teresita se veía rodeada de un sinnúmero de esos moscones... Alguno había más discreto y respetuoso, y con ese Teresita era menos desdenosa.

Aquellas fiestas afianzaron en su cabecita de niña pero no loca, las ideas que ya tenía de la gente...

Y en su almita esperaba pacientemente el retorno de su Jaime...

Siempre allí solita, en sus viviendas modestas, entre la gente humilde y sufrida. Pero por un milagro del amor, Teresita, un día, al mirar por la cortinilla, vió que los vecinos, en vez de chiquillos sucios y hambrientos, estaban rodeados de sus hijitos limpios y contentos. Y ya no había enfermos en las camas, sino todo muy bien dispuesto, lleno de sol, que es la alegría de los pobres, y plantas y pájaros. Y los ancianos unidos miraban la felicidad de las parejas jóvenes que se amaban, dulcemente enlazadas en sus salitas, donde había libros y música. Y eran obreros como su Jaime y nenas humildes como ella. Pero era que el amor embellece cuanto toca, y con él una choza es un palacio...

En cambio, ella recordaba cuánta mentira vió tras el oropel del prestado lujo que llevaba y cómo aquellos hombres insaciables para los bajos placeres, no gozaban ni un instante de verdadero amor. Y cómo hijos y padres iban dispersos por la vida, procurando acelerar su curso estúpidamente, sin que su dine-

ro les sirviese para crear nada propio, nacido del personal valer. Todo se lo dieron hecho a los hombres que ella conoció. En cambio, su Jaime se lo debía todo a sí mismo.

Y era santo el recuerdo de sus amores del principio cuando se juntaban, él desde su garaje y ella desde su taller, caminando muy unidos por las calles de la gran ciudad, dichosos, las manos enlazadas, cogidos del brazo, queriéndose tanto, sintiendo al unísono latir sus corazones.

El le decía;

—Teresita... ¿qué valen todos estos coches lujosos, todos esos trajes de seda, toda esa vida de apariencias, al lado de nuestro amor?

Y ella sentía que con estas palabras, los ojos de Jaime la besaban también.

—Claro, Jaimito... Yo no podría nunca querer a ninguno de estos hombres; sólo a ti—contestaba ella.

Y se besaban... sin lujuria, sin malicia, con el santo amor de prometidos... y el trabajo les era grato...

Pero la pobre Teresita tenía a veces un poco de impaciencia por gozar. Veía demasiadas

cosas bonitas a su alcance, y como llegaba de noche a su cuarto, todo en desorden, frío, sin calor de hogar, en una pensión barata, de gente vulgar que por no dar nada no daban ni simpatía, ni amabilidad siquiera. Teresita solía rebelarse. Y cuando miraba los agujeros de sus medias ordinarias, recordaba las de rica seda torzal, las de muselina, los zapatos de raso... las sedas de suave tacto como una caricia, y era entonces necesario que Jaime la consolase y amase mucho, para no llorar o que le diera un ataque de nervios.

Pero Jaime era tan fuerte, tan enérgico de voluntad, tan firme y bien equilibrado de espíritu, que sabía hallar siempre en sus palabras salidas de su corazón, la calma y la felicidad para su novia linda. El se daba cuenta... pero estaba seguro que con un poco más de paciencia, vencerían ambos.

Y así sucedió. Allí, en Detroit, un día los jefes le llamaron, y por la expresión de sus rostros, pudo Jaime ver que tenían buenas noticias que darle. En efecto, las pruebas se habían hecho favorablemente y para satisfacción suya, las repitieron a su vista. Un éxito com-



pleto. Era una adaptación que aceleraba y protegía, al mismo tiempo, la marcha de los automóviles, disminuyendo el consumo de gasolina, aparato que él había ideado, diseñado y hecho, en sus largas vigílias, quitando al sueño horas, y compañía a su amada, que no sabía aún el sacrificio que era para él todo eso. Y él, negándose de todo, prescindiendo de los gozos de su juventud hermosa, ponía en la realización de su invento todos sus esfuerzos.

—Sí, señor—le dijo el gerente—; tomamos su aparato, para adaptarlo al momento a nuestros autos. Su fortuna está hecha.

A Jaime le parecía que soñaba al oír esas palabras. En plena juventud triunfar, por su propio esfuerzo, él, pobre, ignorado, hijo de su voluntad solamente, le parecía una loca suerte inmerecida, tan modesto y sencillo era...

Su corazón latía del más puro entusiasmo. Ser rico, poder dar cuanto quisiera a su amada Teresita. Tener él autos propios, viajar, estudiar, aprender más de su preferida ciencia mecánica, gozar de las nobles cosas de la vida, vestir bien, tener un hogar confortable...

Supremas dichas, que debía a Dios, a quien Jaime bendecía desde el fondo de su alma; así es que con prisa loca, escribió a su Teresita una larga carta de amor inmenso.

Ella continuaba borrando en el calendario los días que pasaban y llenando de besos y frascos de amor los que venían... y poniendo flores al retrato de él.



Un día Preciosilla, con gran sorpresa suya, la halló vestida de condesa rusa en los almacenes rivales de Thorndyke, dió varias vueltas alrededor de la mesa de té, no pudiendo estar segura de que fuese Teresita aquella dama circunspecta y ataviada con tanto esplendor... Pero al fin se reconocieron con amistoso entusiasmo, y se abrazaron. Preciosilla iba vestida de última moda, como de cos-

tumbre, y llevándose a Teresita, la invitó a tomar el té juntas en algún sitio elegante, y se morían de risa cuando la niña explicó a su amiga cómo fué a los almacenes una auténtica condesa rusa, que empezó a hablarle con todo entusiasmo su idioma... Una frase tras otra y Teresita toda sofocada, no sabía cómo salir del paso, y se echó en el hombro de la noble dama, fingiendo llorar por el recuerdo de la Patria lejana y en desgracia... y la verdadera condesa al ver esa aflicción, tan oportuna, se echó a llorar con profundas lágrimas.

Pero en ese momento intervino el director, que se dió cuenta exacta de la circunstancia y del apuro de la niña; y con diplomacia dijo a la dama rusa:

—Señora, no le hable usted de Rusia, se emociona demasiado, ha perdido allí sus bienes y sus seres amados. No puede ni oír el nombre de la Patria.

La buena señora se alejó de Teresita... con honda pena y simpatía.

Y se oían estos diálogos algunas veces, entre las clientes de la casa:

—¡Qué distinguida mujer! ¡Qué educación



exquisita! ¡Cómo se conoce la gente de fina procedencia!

—Dicen que fué millonaria... que en la revolución perdió sus tierras, y que tenía numerosos vasallos.

—¡Y qué hermosa es!

—Hija, es inútil, estas nobles europeas nos tienen algo que enseñar aún...

Y las damas iban y venían alrededor de Teresita, para observarla y tener el vanidoso halago de que ella les sirviera el té. Y los hombres pasaban a su lado con fingida indiferencia...

Ella, con la gran intuición que de elegancias tenía, se adaptaba admirablemente a su papel de condesa, arruinada, pero altiva siempre y ajena a pequeñas miserias y charlas comunes.

La buena Teresita, por ganarse honradamente la vida, ¡cuánto tenía que fingir y tolerar!

Una noche que se retiraba a su casita cargada de flores, entró, como de costumbre, en el cuarto de Jaime y colocó su *bouquet* en un florero que tenía él en su cómoda, y luego

de horrar un día más en los que faltaban para la venida de Jaime, se fué a su cuartito a desprenderse de sus ropas vistosas, y ponerse su vestidito de niña trabajadora y buena.

Ya le quedaban pocos días más que tolerar de aquella farsa imbécil. Ir y venir en *autos* con hombres que a los pocos minutos de estar a su lado, se le insinuaban de un modo antipático, sensual, tocándole las rodillas o los brazos. Tenía ella que dárles de empujones, pisarlos, quitarlos de su lado de un modo brusco, grosero, ella tan dulce y suave; pero con aquellos obcecados del vicio, no había otro sistema...

Una vez, se le sentaron a cada lado dos hombres... y tanto, tanto la oprimían, que le era del todo imposible mover no tan sólo los brazos, sino las piernas. Ella entonces los separó de sí con un empujón soberbio, que casi los hizo caer al suelo... Claro que luego todos reían.

En tales casos, comparaba el modo de acariciarla de Jaime, tan suave, intenso, respetuoso, del puro amor con que se acaricia a la futura esposa.

Y entonces, más odiaba a aquellos "elegantes", y tenía que retener las lágrimas que pugnan por salir a sus ojos, y fingía no entender.

Y esperaba, llena de ilusión, a Jaime.

Este, por su parte, activaba lo más que podía su retorno, pero naturalmente, las pruebas requerían algún tiempo.

Ella se acompañaba lo más posible con Preciosilla, y sin temor, seguía siendo el "Juguete de Placer", pero con gran cuidado de no estropearse.

Le había dicho una vez a Jaime que odiaba ajar, romper, ensuciar las telas, y que le molestaba que las arrugasen las clientes, cuando ella era vendedora en los almacenes de Thorn-dyke. Tal era el concepto que de lo limpio y terso tenía, que una vez en un día de gran venta, de realización, viendo que dos clientes se disputaban un trozo de seda magnífico, cogió las tijeras y lo partió en dos, para que no lo ajasen a tirones. El jefe del personal la vió, y la reprendió diciéndole que eso estaba prohibido. Entonces ella le contestó:

—Si no lo parto así, ellas lo hubiesen rasgado y habría habido un escándalo.

Adoraba las cosas bellas, puras, finas, sin mancha. Por eso se conservaba ella así mediante la gracia de Dios.





Va empezaba su almita a languidecer cuando recibió un telegrama de Jaime que le decía:

*Teresita mía:*

*Pruebas aceptadas. Somos millonarios. Mañana a la noche llego en el expreso.*

¡No sabía la nena cómo contener su alegría! Dios había recompensado su vida humilde, resignada y honesta, y ahora iba a ser la

esposa feliz del gordo Jaime, tan carifoso y lleno de méritos. Su novio único, su amor único.

Y entonces la nena gloriosa siguió la rueda de su tonta vida peligrosa, una vez más, pero bien templado el pecho con la coraza de su amor.

Y se vistió un gran traje de tisú y se puso diadema y capa de pieles. Iban a una fiesta de Carlos Thorndyke... donde también estaría el Jefe suyo, el de los otros almacenes.

Le era preciso terminar bien con ellos, pues les debía toda la ropa que se había hecho, y la que usaba para lucir.

Y allí, en medio del torbellino de una bacanal disimulada de recepción, tuvo una vez más que escudarse, y ver cómo se embriagaban aquellos sátiros, aquellos perdidos de frac que bien podían haber alternado con los últimos borrachos de una taberna, por lo excesivo de su manera de beber. Y entre aquellas mujeres sin pudor, Teresita sentía notable disgusto, pero niña como era, la música y la alegría le daban momentos de agrado y de olvido de las cosas desagradables. Todos la

atendían y la mimaban, ella dejaba hacer, en tanto no le ponían la mano encima... La orquesta rabiosa desgarraba charlestones... Algún cabellero le hablaba con cortesía y suavidad. Y siempre siguiéndola, las miradas de Brand, de Garretson, del Jefe y especialmente la de Carlitos, que buscó mil maneras de hacerla beber, a lo que ella se resistía.

Acariciaba en su memoria el recuerdo del telegrama de su amado. Se lo repetía mil veces. Veía en su mente enamorada a Jaime, protegiéndola con la fortaleza de sus brazos de hombre sin vicios, que sabe del verdadero amor.

Así avanzaban las horas sin que Teresita cediera en nada a las insinuaciones de aquellos tipos.

Y ya se hacía la hora de partir, y todos esos hombrones semi inconscientes, se disputaban el acompañarla a su casa...

El dueño de la casa de modas se portó de un modo tan imprevisto con ella, que Teresita, arrepentida de haber alternado con aquella gente, buscó a alguien para que la acompañase a la pensión inmediatamente. Carlos

Thorndyke le salió al paso y fué él el elegido. Y la nera humildita, vestida como una prin-



*Carlos Thorndyke le salió al paso y fué él el elegido.*

cesa, subió al lujoso Rolls Royce de Carlos Thorndyke entre las envidias y cuchicheos de las otras damas que había allí en la fiesta.

Al poco rato de estar en el coche con Car-



litos, la nena notó que alguna infama meditaba su compañero, así es que se separó de su lado con marcado desdén y hostilidad, poniéndose al extremo opuesto del auto, pero él la atrajo a sí, con decidida voluntad, diciéndole palabras ardientes, insinuaciones absurdas, tratando de sugestionarla con su aliento, con su fuego y su pasión. Pero a Teresa la molestaba eso doblemente y le dio empujones, y le dijo mil insultos y quiso arrojarle fuera del auto y gritó al *chauffeur*, pero éste, habituado a esas escenas jocosas de su amo, cada noche, no hacía caso y el auto seguía su camino.

Y la pobre niña tenía los brazos marcados de los apretones, y hasta rasguños del vicioso.

Cuando paró el coche, ella descendió de un brinco y desafiando con la actitud llena de odio a Carlos que trataba de disculparse, de hablarle, allí de pie en la portezuela del auto, le largó una frase de indignado desprecio, y tapándose los hombros y el cuerpo todo con una gran piel de armiño orlada de flecos de avestruz, corrió hacia su casa, diciéndole antes:

—Es usted un atrevido y un infame, y yo lo desprecio.

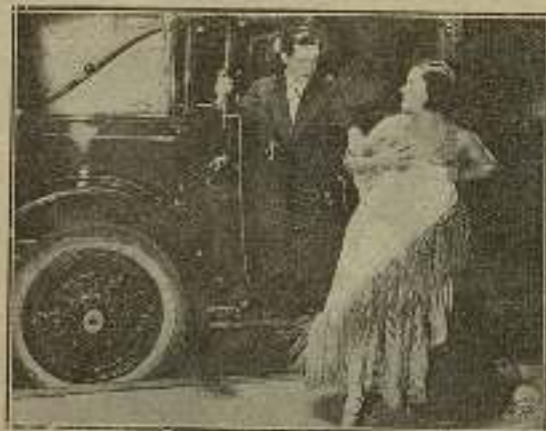
Subió de prisa las muchas escaleras hasta su



...y gritó al *chauffeur*, pero éste, habituado...

cuartito, donde no se despojó como otras veces de sus ropas caras... ¡Estaba tan fatigada!

Y se sentó satisfecho, a leer y releer el mensaje de su Jaime y a esperarlo fué al



*—Es usted un atrevido y un infame, y yo lo desprecio.*

cuarto de él y leyó allí otra vez el telegrama que había guardado en el pecho, y vio las rosas tan lindas que le pusiera ella ese día, y

arregló sus cosas, y besó su cepillo y puso otra vez el cajín en forma de corazón sobre la cama y esperó, esperó, mirando por la ventana a que él subiese, a cada instante.

Alguna pequeña inquietud había sin embargo en su corazón. Sabía que Jaime era celosillo... y sus trajes ahí... en el armario. ¡Es tan difícil ser buena y parecerlo!... Pero estas reflexiones las desechó gozosa de su esperada ventura, y allí en su ventanita se puso a mirar la luna, confidente silenciosa y suave de los amores... Y ella sin palabras en mudo coloquio le contó su ventura, su temor, sus pasadas luchas y sus futuras esperanzas.

Y Jaime había triunfado en toda línea... allí en Detroit. Así es que, ya de vuelta, se preparó y dispuso a aparecer guapo a los ojos de la novia bonita.

Se compró ropa, nuevo gabán de moda. Ya no iba con su trajeito negro modestito sino como correspondía a un rico, y como era buen mozo, se veía divinamente bien.

Y compró por el camino un manojo de rosas, de las más bellas para su Teresita. Flo-



res frías, fuera de estación en esa época, y llegó a su casa con el corazón anhelante y lleno de emoción a besar a la niña de sus amores.



Subió de tres en tres los peldaños de la escalera... y llegó al cuarto de su novia, que seguía aun vestida de gran *soirée*. Golpeó la puerta y ella, que estaba en su habitación en aquel momento, le abrió, tirándose a sus brazos. Pero él al verla en esa *toilette* extraordinaria dejó las rosas en la consola y se retiró de la niña... con sorpresa y disgusto.

—¿Cómo estás vestida así?

—Siéntate — le decía ella —, yo te explicaré. Bésame primero.

Pero él no la oía, no quería oírla, se fué al otro extremo del cuarto.

Ella se le acercó y le dijo:

—Jaime, sé razonable, estos vestidos...

El no la dejó concluir, fué hacia donde el armario y tratando con aspereza la ropa, la sacaba de su sitio. Trajes de gran vestir... abrigos caros, etc....

—Oyeme, Jaime... Todos son del Jefe de los almacenes donde yo servía el té. Me los prestan para hacer reclamo e ir a Sociedades y sitios donde van sus clientes... Mirame; créeme Jaime, yo no te engaño.

Y él la miraba con enojo, pena, desesperación... Había dejado su sombrero en un sillón y se lo puso para salir, para irse, pero ella llorosa lo sujetó:

—¡Jaime! ¡Jaime! No me abandones. Yo no merezco tu desprecio. Ven, te explicaré.

—No cabe explicación después de esto — le dijo él, tirándole los adornos del traje que llevaba.

—Mira, mira... cómo tienes los brazos... todos manchados y arañados. ¿También esto te lo han prestado?... ¡Mira! ¡Mira!...

—Te contaré, Jaime... ese estúpido de Carlos Thorndyke... por librarme de él que me vino a dejar, estaba borracho...

Y la pobrecita miraba con vergüenza sus brazos... Jaime quiso salir a buscar a Carlos pero ella le sujetó:

—No, no armes escándalo... Ya no iré más, no vuelvo más... ¡ahora seremos felices!...

—Tú lo serás — dijo él, terco, obsesionado por los rasguños y los trajes.

La miraba, quería sondear su espíritu, la cogió por los brazos, la sacudió:

—Mirame dentro de los ojos. ¡Ya no eres mi nena buena!... Esos malditos pájaros nocturnos te han maldado. Estás como las telas que te disgustaba vender: ajadas..., manchadas, *manoseadas*. ¡Quitate, quitate!... ¡Qué pena! ¡Qué horror!

—¡Pero, Jaime, date cuenta que tengo que trabajar!...

Jaime no la oía...



Ella se echó a llorar.

Y Jaime se fué a su habitación dejándola



—*Mírame dentro de los ojos. ¿Ya no eres mi nena buena?*

sola, en su inmensa pena. Y allí él se sentó con la cabeza entre las manos y lloró también, con esa honda pena de los hombres

fuertes que sólo son débiles por el corazón. ¡Se derrumbaba el castillo de sus ilusiones!...

Y se paseó luego agitadamente por la habitación... cuando de pronto, sus ojos se fijaron en las flores... en el dulce pensamiento de la adorada, y las besó, como hubiera hecho con la cara de ella que era otra flor.

Vió luego el calendario... en el que había las frases de amor, los signos que eran besos...

Y entonces apareció a su mente con claridad su injusticia...

Regresó al cuarto de Teresita, la tomó en sus brazos, le pidió perdón, secó con besos sus lágrimas, le sepultó la carita llorosa en el *bouquet* que él le había traído... y qué dejara olvidado en la consola... Le habló dulcemente, amorosamente de sus proyectos, de sus futuras venturas... Y por fin, charlaron, embriagados en sus sueños de ventura...

Ella lo llevó hacia la ventana... Se sentaron en el alféizar. La luna ponía su luz de plata sobre todas las casitas pobres. Parecía un símbolo y una promesa...

Teresita apagó la lámpara del cuartito... El astro de la noche simulaba un amanecer... El que ellos sentían en el alma después de la negra noche de tristezas.

FIN

**Próximo número :**

La interesante comedia dramática

**Inocente condenado**

Creación de los célebres artistas

**BETTY COMPSON,  
RICHARD DIX,  
LEWIS STONE  
y otros.**

Novela de gran emoción

Lujosa cubierta a varias tintas  
Profusión de fotografías de la película

Sea usted coleccionista de  
*Los Grandes Films*

**¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!**



COLECCION USTED  
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

## Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

*Los Hijos de Noche. El tráfico de la mujer. El asesinato de Zola. El joven Medarías. Los enemigos de la mujer. Un majar de París. El Concierto. Para toda la vida. Cyrano de Bergerac. De mujer a mujer. La B-rassa Blanca. El milagro de los lobos. (París. El Venganza de mujer.)*

**Precio de cada libro: UNA PESETA**

*Jerusa de Uberalles. Maciste, Emperador. Libro entre rapinas. El gran carita el befofo. Romanía. Janes Heredit. El fantasma de la Opera. El tro-o vanden. El Caid. Madame Sans-Gêne. Andri-a. Cuando las mujeres aman. El Capitán Blood. Mis fuerzas que su amor. La. Democidad mujeres. Nobisza betarra. Centes de Odio. El Rajá de Tharmanagaz. La fofeta. Matías Pascu. La marca de fuego. Las El os de Medio. El escador de fatiedia. La 1ª mujer de Barba Azul. El beso de la Victoria. El pro-o de Nan y Prest-a. Juvelia gilana. La Pouque de París. El alancio de Luty. Windermere. Por la Patela. Amor de Padre. El asalto al ambalante de Carreos. Duke, el Guardián. Marina. Day. La conquista del Amor. Bajo el cielo de Montecarlo. La Barrera. La Hechicera. Materidad. Los niños del Hospital. El diablo santificado. La ralle del nido. ¿han tener hijos los pobres? Gorrionos. Rosa de. El Tra-allitico. El hijo príncipe. El mundo. redido. La novela fugida. El músico. La novela de una noche. La que se sabía amor. Montecarlo. Matilde. La Favorita de la Legión. Los hombres que pag-a. gñien a chich. En. Ahora el Príncipe. El otro del diablo. La Mosara de Oro. Jugando del placer.*

**Precio de cada libro: 50 céntimos**

UN ÉXITO ENORME

ha obtenido el 9º libro de las

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

## “COBRA”

por el malogrado

RODOLFO VALENTINO

y la bellísima NITA NALDI

EN PREPARACIÓN:

## EL FIN DE MONTECARLO

la reciente creación de la genial

FRANCESCA BERTINI

Y

## VIDA BOHEMIA

por John Gilbert, Lillian Gish, Renée Adorée,

Roy D'Arcy, etc.

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDIOSO!

¡MUY EN BREVE!

Dos novelas de aventuras  
por cuadernos:

**UN AVIADOR DE 15 AÑOS**

y

**Aventuras de cuatro muchachos  
alrededor del mundo**

Lo más emocionante

Lo más instructivo

Lo más ameno

Lo más interesante

PARA TODAS LAS EDADES

CÓMPRELO Y SE CONVENCERÁ

**EDICIONES BISTAGNE**



